

INSOMNE

Recostada sobre la cama, intenté dormir. El recuerdo del funeral celebrado aquella misma tarde me impedía conciliar el sueño. Hasta las sábanas parecían impregnadas del aroma de las coronas florales que habíamos depositado junto al ataúd.

Aunque era la segunda vez que perdía a mamá, supe que ésta al fin sería la definitiva. O al menos así decidí creerlo.

La primera sucedió tras su enfermedad. Por aquel entonces yo era una niña abandonada a los designios de una mujer demente; apenas una cría indefensa que presenciaba su descenso a los infiernos enclaustrada entre las cuatro paredes desconchadas que conformaban la última casa del pueblo, solitaria y abandonada en mitad del bosque.

Allí, había soportado cada noche su figura en el umbral de la puerta. Con su camisón raído y la melena desgredada, rubia y seca como el esparto que trabajábamos, me observaba dormir. Y cuando yo simulaba hacerlo, se acercaba sigilosa con aquella sonrisa ennegrecida que apenas conseguía entrever para depositar sobre la mesilla de noche un montículo de piedras que dejaba caer contra la madera.

Con este peso retengo tu alma, sucia ramera- me susurraba al oído.

Su aliento, tan cercano a mi piel, lograba erizarme el vello hasta provocar en mi cuerpo un leve estremecimiento que apenas conseguía disimular bajo la manta. A veces, el tono era grave y gutural como el eco de una cueva. Otras, tan sibilante y arrastrado que parecía transformar las palabras en víboras que reptaban hasta mis oídos. Así, noche tras noche, escuchaba siempre aquella advertencia proveniente de varias voces que nunca se repetían. Hasta que logró ser internada entre las rejas del psiquiátrico que la acogió en sus últimos días.

Entre las estanterías desvencijadas de aquellos despachos aún descansarían las cintas del viejo magnetófono con el que el doctor Arauz registraba sus sesiones. En ellas, con voz trémula, mamá confesaba estar bajo la influencia de varios demonios que solicitaban el alma de su pequeña. Ni las terapias ni las ingentes cantidades de medicamentos suministrados habían conseguido disuadirla del empeño por cumplir su encargo. "A ellos les debo lo que soy", se limitaba a responder cada vez que era interrogada.

Cuando mi cabeza comenzaba ya a reproducir con exactitud los sonidos que aquel aparato emitía antes de reproducir la voz de mamá, e intentaba disuadir aquel pensamiento pensando que al fin ya había sido enterrada, mi hija irrumpió de golpe en la habitación.

Saltó hacia la cama y deslizándose bajo el edredón apareció junto a mí.

¿Cómo se llamaba la abuela, mamá?- preguntó con su habitual inocencia.

Extrañada porque me interrogara sobre alguien a quien yo nunca había mencionado en casa, respondí:

Se llamaba Águeda, cariño. ¿Por qué lo quieres saber?

Le acaricié la mejilla, incapaz de contener el temblor instalado en mi mano.

Tardó en contestar.

Porque está susurrando junto a mi cama y no me deja dormir. Quiero que se vaya- dijo mientras abría el puño y me mostraba las piedras que guardaba en su interior.